Paseando entre Pinturas

Del Renacimiento al Barroco en los Tesoros del Santa Cruz

Castilla-La Mancha

MUSEO DE SANTA CRUZ

Te proponemos un paseo por las salas del Museo de Santa Cruz. Entre tantos *tesoros* y obras de arte, te invitamos a detenerte en algunas obras clave para entender la evolución de la pintura a lo largo de los siglos XVI y XVII. O lo que es lo mismo: conocer los principales rasgos artísticos desde el Renacimiento hasta el Barroco.

Comenzamos con esta obra, *La Piedad*, una pintura sobre tabla que Juan de Borgoña realizó hacia el año 1500. En ella podemos apreciar muchas características del *Quattrocento* renacentista: la combinación del naturalismo y el realismo, la importancia del dibujo como delimitador de formas y el uso de la luz para definir planos y unificar el ambiente.
Además, el artista intenta crear la sensación de profundidad gracias a la perspectiva y la superposición de planos con el paisaje de fondo.

En *La Resurrección* de Juan Correa de Vivar, pintada alrededor de 1550, observamos una mayor preocupación por el movimiento y la luz, que tiene un tratamiento más real. También se incluye un estudio de las sombras.
A las composiciones sencillas, resueltas generalmente en esquemas triangulares como en este caso, se une el abandono progresivo de los contornos de las figuras, como si el color hubiera superado a la línea del dibujo en los cuadros.
La búsqueda de la belleza ideal, la simetría, el equilibrio y la serenidad son otras características destacables. Estamos ante una obra típica del *Cinquecento* renacentista, también llamado *Clasicismo*.

En 1613 El Greco pintó un magnífico retablo, del cual formaba parte esta *Inmaculada*, encargado para la capilla donde se enterraría la toledana Isabel Oballe.

En él aparecen los rasgos del manierismo, un estilo pictórico que había surgido en Italia en el primer tercio del siglo XVI y estuvo muy influido por los avatares políticos y religiosos de la época. Se trata de un estilo complejo, simultáneo en el tiempo con el Renacimiento y con el Barroco pero con entidad propia.

En líneas generales, la pintura manierista se caracteriza por una reacción anticlásica, en la que belleza, armonía y unidad se sustituyen por tensión, desequilibrio, inestabilidad y ruptura.

La gama cromática, muy rica, está dominada por las tonalidades frías, que no siempre se corresponden con la realidad de los objetos representados.

Las composiciones están formadas por diversos ejes, generalmente marcando diagonales.

Predominan las figuras estilizadas, de cánones alargados, que presentan exagerados escorzos, dando sensación de inestabilidad.

Las formas curvas y ondulantes dominan los planos, negando la profundidad al espacio.

El *San Bartolomé*, de Luis Tristán, y *La Sagrada Familia* de José de Ribera, pintados en 1618 y 1639 respectivamente, son ejemplos de pintura barroca. Ambos pintores reciben gran influencia del pintor italiano Caravaggio, que apreciamos sobre todo en la marcada tendencia al realismo y al claroscuro.

El realismo lleva a representar los personajes tal cual son, sin idealizar sus rostros ni sus vestidos. El claroscurso consiste en el uso de contrastes fuertes entre luces y sombras.

Así, podemos decir que la luz marca la composición en los cuadros, una composición muchas veces en forma de aspa (como es el caso de La Sagrada Familia), ya muy alejada de las sencillas formas geométricas renacentistas.

Dramatismo y dinamismo son también característicos en este estilo pictórico, un arte al servicio de la Contrarreforma Católica que busca despertar emociones en el público espectador.